

Sánchez, Raquel, *Mediación y transferencias culturales en la España de Isabel II. Eugenio de Ochoa y las letras europeas*, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2017, 398 páginas.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.37.2017.557-561>

Eugenio de Ochoa, una figura que los historiadores que estudian el siglo XIX español, muy especialmente los que atienden a la historia de nuestra literatura han situado en un lugar secundario destacándose sobre todo de él el papel que jugó en la puesta en marcha del romanticismo en España a través de la influyente, aunque efímera, revista *El Artista*, o sus trabajos como traductor es el objeto de esta monografía a cargo de la profesora de la Universidad Complutense de Madrid, Raquel Sánchez, que cuenta ya con un muy amplio y valioso bagaje investigador enfocado especialmente sobre cuestiones de historia cultural, tanto por los temas sobre los que ha centrado su atención, como por el aparato conceptual y la metodología con que los ha abordado. En este sentido, y aunque este libro podría con justicia inscribirse en un género tradicional, la biografía, los planteamientos de los que parte y la faceta que, por encima de otras, también estudiadas, le interesa de la vida de este personaje es su condición de mediador –tanto en una dirección, como en la otra- entre la cultura española y las de otros ámbitos lingüísticos y literarios europeos. Una faceta para la que Ochoa estaba singularmente dotado y que ejerció pulsando diferentes registros (la traducción, el periodismo literario, la literatura de viajes...). El biografiado entraría así dentro de la categoría de *passeur culturel* sobre la que otras historiografías, como la francesa se han interrogado particularmente. Existían, no obstante ya algunos estudios sobre Ochoa, a cargo de Donald A. Randolph y de Amparo Rodríguez Grandío.

Pero, además de ese objetivo, la autora se propone ahondar en el significado de la figura del *hombre de letras* en un periodo muy estimulante para ello como fue el del reinado de Isabel II al que la actividad literaria de Ochoa, pero también otras dimensiones tanto públicas como privadas suyas se ajusta casi a la perfección. A este respecto, Sánchez reconoce su deuda con otros estudiosos, en especial con Joaquín Álvarez Barrientos. Estas orientaciones metodológicas, junto a la labor paciente con la que ha tratado de reunir en un relato coherente y fluido todos aquellos cabos que posibilitaban la reconstrucción de la vida de Ochoa hacen que este libro constituya una aportación esencial para el estudio de la cultura española del

siglo XIX. Merece destacarse que la autora había hecho ya una incursión feliz en el género biográfico, con su excelente libro sobre Antonio Alcalá Galiano, otro prohombre del liberalismo español con el que Ochoa estuvo también relacionado. Esta obra, en cualquier modo, se sustenta sobre una erudición asombrosa.

Es, pues, su condición de literato, de hombre de letras, la que primeramente aborda Raquel Sánchez, y lo hace partiendo de la constitución de esta figura, ya en el siglo XVIII, en Francia, y en cómo se perfiló en el caso español, realzando significados como su dimensión eminentemente nacional, su condición de personaje público o una noción moderna de la autoría, que se proyectarían hacia el futuro, hacia la época liberal, ya en el Ochocientos y que cabe reconocer muy bien en el caso de Eugenio de Ochoa y de la etapa isabelina y del Sexenio 1868-74, que sería clave en la definición del estatuto del hombre de letras en nuestro país.

Es en esta parte dónde de forma más explícita se reconstruye la trayectoria vital del personaje, en donde destacan su nacimiento en un medio familiar afrancesado (su verdadero padre fue Sebastián Miñano) y los lazos de parentesco que contrajo, gracias a su matrimonio, con la familia Madrazo, tan influyente en el plano artístico; las largas temporadas que pasó en Francia, bien por motivos profesionales o por razones políticas, los estrechos vínculos que estableció con la familia real y, en especial, con la reina María Cristina y su marido, el duque de Riánsares; su pensamiento político conservador, que le condujo al Moderantismo y a ocupar diferentes cargos de relieve con gobiernos de ese signo (director general de instrucción pública, consejero de Estado, director de la Imprenta Nacional) y a ser elegido diputado en tres legislaturas. Sus méritos literarios y, obviamente, la dimensión que le otorgó su condición de *escritor público* le valieron asimismo el ser elegido en 1847 académico de número de la Real Academia Española.

La autora, además, construye su estudio sobre este hombre de letras partiendo de algo tan primordial como el análisis de las imágenes que nos han llegado de él, recorriendo sus diferentes representaciones pictóricas o escultóricas, hasta el último retrato, a cargo de Bernardo Rico, en el que aparece como un ser gastado y derrotado por la vida. Dada la relevancia que se concede hoy a las redes de relaciones y espacios en que los personajes estudiados se insertan, en este libro se aborda también a Ochoa desde esta perspectiva, siguiéndole la pista en España, en Madrid, pero también en París, en donde trabó relación con las principales figuras literarias, y en los espacios públicos y privados que frecuentó o en los que vivió. Se

reconstruye aquí su hogar doméstico, los muebles que le rodeaban, su biblioteca, a la que se otorga una atención especial, dada la condición de su dueño de ser un profesional de las letras, que se ganó la vida cultivando distintas especialidades literarias, pero, sobre todo en trabajos editoriales y de traducción o como crítico muy reconocido. Su trayectoria política y la exposición y análisis de sus relaciones con la corte y con Riánsares, que condicionaron su vida en gran medida son objeto asimismo de un acercamiento muy detallado y perspicaz.

Es, no obstante, la caracterización de Ochoa como mediador cultural y la profundización sobre el significado de esta clase de actividad en la cultura española y europea del Ochocientos, lo que interesa más a la autora y a la que dedica la parte fundamental de su libro muy por encima, desde luego de su faceta como creador, como autor literario, más susceptible de estudio por otras disciplinas y que, ciertamente, caso de abordar a este personaje desde este único punto de vista, no justificaría probablemente una investigación tan ambiciosa y completa como es ésta.

Dentro de las diversas actividades desarrolladas por Ochoa que avalarían su caracterización como un cualificado intermediario cultural, la que sobresale es la de la traducción, una tarea que no solamente le ayudó a mejorar su habitualmente precaria e incierta economía, sino que le sirvió para proyectar en la práctica sus puntos de vista en torno al dilema planteado entre el nacionalismo cultural que él mismo suscribía, y que hallaba su mejor expresión en la lengua, en este caso la castellana, cuya pureza y singularidad era imperativo preservar de la entrada de extranjerismos que podrían desvirtuarla y, de otro lado, un manejo flexible de la misma que posibilitara la transferencia a nuestro rezagado ámbito cultural de autores, ideas, conceptos, imprescindibles para facilitar la comunicación con aquellas sociedades que marcaban la pauta en la literatura, en el pensamiento científico o en el progreso técnico, singularmente con Francia y la Gran Bretaña (o, para ir más al grano, con Londres y París).

A ese respecto, el autor estudiado no fue únicamente importante por la labor que desarrolló traduciendo a autores capitales del romanticismo europeo, como Víctor Hugo (su obra *Antony*, por ejemplo), Georges Sand, A. Dumas o Walter Scott, de cuyas producciones ofreció versiones de gran calidad que fueron elogiadas por sus contemporáneos, sino que también tradujo obras de carácter religioso, científico, técnico, campos, estos últimos, en los que no resultaba fácil encontrar en castellano los equivalentes adecuados para determinados términos, lo que indujo a Ochoa, inspirado siempre por su nacionalismo cultural, a buscar soluciones creativas o, en su

defecto, a mantener el vocablo original, dada la imposibilidad de hallar una palabra castellana equivalente o porque su uso ya estaba consagrado en la realidad española (así, lo que sucede con el término francés ‘relais’, que deja en su versión como ‘relé’). No obstante, la traducción de la que se sintió más orgulloso y que dio motivo además a un disgusto con el rey consorte, Francisco, ya que éste le había prometido correr con los gastos de la edición, olvidando luego su ofrecimiento, fue la de las obras de Virgilio, que publicó en 1869, ya en el ocaso de su vida, que durante mucho tiempo fue considerada como la versión canónica de este poeta latino.

Ochoa tomó a su cargo asimismo, notables responsabilidades en el ámbito de la intermediación por sus trabajos como editor (en el sentido anglosajón del término, como precisa la autora), y a este respecto aquí se nos ofrece una rica información sobre sus relaciones con casas editoriales francesas, como Baudry o Rosa, cuyo negocio se orientó en buena medida, a publicar, en su lengua original, autores españoles, clásicos principalmente, pensando en la buena salida comercial que podían hallar no solo en la propia Francia, sino también en el mercado hispanoamericano. Pues bien, es claro que Ochoa jugó un papel muy significativo en la selección de textos y autores para algunas de estas colecciones o en los principios técnicos y estéticos aplicados en esa tarea, como cabe advertir en la *Colección de los Mejores Autores Españoles*, que constituyó la sección española del catálogo de Baudry. Colaboró asimismo con editores patrios, como Manuel Rivadeneyra en la preparación de dos volúmenes para la Biblioteca de Autores Españoles, concretamente los referidos al género epistolar, que se plasmaron en los dos tomos del *Epistolario español*. Esta tarea permite poner de relieve otra faceta del autor estudiado como fue su competencia en campos como la erudición histórica y filológica ya que su trabajo como editor permitió poner al alcance del público español obras fundamentales como el *Cancionero de Baena* o de determinados manuscritos españoles conservados en diversas bibliotecas de París.

Eugenio de Ochoa fue también un crítico respetado, como ya pusieron de manifiesto Galdós o Pereda. Un tipo de función que obligadamente hubo de mostrarse con un nuevo perfil en la sociedad cambiante del reinado de Isabel II y que condujo al crítico a convertirse en una de las encarnaciones del intelectual. Aunque Ochoa no teorizó mucho sobre la crítica, sí que era consciente del relevante papel que le competía, como se pone de manifiesto en sus críticas teatrales, que constituyeron el centro de su labor en este campo al valorar la importancia del teatro, que llegaba a todos, como un instrumento nada desdeñable de pedagogía social.

La puesta en marcha o la colaboración con determinadas publicaciones periódicas, tan decisivas en los procesos de comunicación y transferencia cultural constituyó otra de las tareas asumidas por E. de Ochoa y que perduró durante toda su existencia. Aquí Raquel Sánchez vuelve sobre el papel que desempeñó, en unión con su cuñado Federico de Madrazo en el lanzamiento de la revista *El Artista*, tan decisiva para el romanticismo español, un asunto ya muy trabajado por la erudición académica por lo que opta por poner en valor cómo tras esta publicación existía toda una reflexión acerca de la situación de España en el plano cultural y su relación con los países de su entorno. Considera relevante, asimismo, la *Revista Enciclopédica de la Civilización Europea* (París, 1843), obra principalmente de Ochoa y de Patricio de la Escosura y que proyectaba nada menos que “dar a conocer en el Nuevo Mundo la marcha incesante de las naciones más cultas de Europa en las vías del progreso intelectual”, y la efímera revista *El Renacimiento*, de 1847, proyectada como un nuevo *El Artista*, con la que colaboró.

El libro se completa con una breve parte final consagrada a Ochoa como autor literario, pues probó fortuna en el teatro y publicó relatos, novelas y algunos libros de poemas que, aunque no le hicieron figurar entre los elegidos del Parnaso español, sí que reforzaron sus capacidades como traductor, crítico o editor pues al ser él mismo un autor, le resultaban familiares las estrategias del escritor. Con lo que culmina un estudio novedoso y útil, no solo porque rescata de un olvido inmerecido a una figura importante para la cultura española del siglo XIX, sino, también, porque posibilita, al adentrarse en la exploración de las periferias literarias, obtener una percepción muy autorizada sobre los contextos de la creación.

RAFAEL SERRANO GARCÍA
Instituto de Historia Simancas-Universidad de Valladolid
rafael.serrano@uva.es